

Guerra y Fascismo

La estrecha relación que hay entre los dos términos es tan evidente que no tiene necesidad de demostración.

En los hechos es sabido que los regímenes fascistas están preparando y provocando febrilmente la guerra, moral y materialmente, en el interior de sus países, y en el exterior con sus manejos diplomáticos. A veces, por lo demás, lo confiesan cínicamente, aun alternando por oportunismo, de tanto en tanto, sus tiradas bellacosas con hipócritas y contradictorias declaraciones pacifistas.

Todo esto, sin embargo, no disminuye las gravísimas responsabilidades de los regímenes llamados democráticos respecto a la situación internacional cada vez más amenazante. Puede darse que hoy no quieran la guerra, o que la teman más que los regímenes fascistas; pero eso se debe a razones de interés enteramente contingente, que no se refieren al pasado, ni comprometen el porvenir. En el pasado contribuyeron grandemente, como los otros, y alguno más que los otros, a preparar elementos de guerra y a determinar el resurgimiento del fascismo; y hoy también van acumulando material incendiario que, aunque sea en un futuro un poco más lejano, es obligado fatalmente a desencadenar la guerra.

Es natural que aquellos imperialismos que salieron vencedores de la guerra última deseen menos que los vencidos una nueva guerra. Se han perrechado bien y quieren gozar en paz de su botín, al menos por un poco de tiempo, mientras dura la digestión y no surja la posibilidad de un botín más pingüe todavía. Esta es la razón verdadera de su pacifismo transitorio — pero pacifismo armado hasta los dientes —, y no la democracia, reducida por lo demás a los términos mínimos, de sus estructuras internas. Y su egoísmo conservador, mientras determinan el furor fascista de los imperialismos adversos, tiende a madurar el peligro fascista también en el propio seno.

Pero el fascismo es sólo en parte y hasta un cierto punto la causa de la guerra, pues él mismo es un derivado de la guerra, una consecuencia del imperialismo y del capitalismo. Sólo que, habiéndose desarrollado hasta convertirse en una fuerza autónoma y volitiva, también él a su vez de efecto se ha convertido en causa, o en una de las causas más fuertes de las guerras y hoy es el agente activo de guerra más peligroso.

Pero no hay que olvidar esta estrecha relación que hay entre capitalismo y estatismo, y por tanto entre capitalismo y fascismo, aun en la preparación de la guerra; como es preciso tener presente de continuo que, si el fascismo conduce a la guerra, es la guerra la que nos ha conducido al fascismo. Esto especialmente deben saberlo ciertos antifascistas, todavía pocos por fortuna, pero que no parecen disminuir, los cuales por un exceso de pesimismo y de desconfianza en sí mismos y en los otros, son impulsados a ver en la guerra una vía de salida, una ocasión de librarse de las garras monstruosas del fascismo.

Terrible ilusión! Terrible, porque por un lado predispone a la expectación fatalista y a la aceptación pasiva de la guerra, y por otro adormece o disminuye las fuerzas de resistencia que podrían impedir la guerra y vencer al fascismo. Terrible, por la desilusión inevitable, triste, de todas las espantosas consecuencias de cualquier guerra, la primera de todas el agotamiento y la generalización del fascismo. Pues si es probable que por la guerra quede aplastado el fascismo de nuestra casa, el actual — y sin embargo es también posible lo opuesto —, en cambio, es más que seguro que como fenómeno general, europeo o mundial, el fascismo resultará beneficiado. El militarismo triunfante le dará vida, en los países vencedores, aun donde no existía antes; y en los países vencidos creará un fascismo simplemente para ser sustituido por otro.

Naturalmente, las fuerzas populares revolucionarias harán todo lo posible para salvar las razones de la humanidad, aun en medio de las saturnales de sangre y de muerte, es decir para aprovechar toda ocasión que se presente para abatir el fascismo con todos sus cómplices y sus generadores, eliminando para siempre las principales causas económicas y políticas de la guerra: el estatismo y el capitalismo. Pero la guerra dificultará mucho más su tarea, y sus consecuencias nefastas disminuirán en todo caso su éxito, y lo rodearán con los mayores peligros de desviación y de degeneración. Es antes de la guerra, no después, que debe estallar la revolución, abatir el fascismo.

Fuera ilusiones, por tanto; y no sigamos el ejemplo de los pacifistas y demócratas de gobierno que — tal vez precisamente porque son menos demócratas y pacifistas de lo que dicen — por miedo a la guerra intrigan con los regímenes fascistas, les ayudan con armas y dinero, violan el derecho de gentes a cada paso, y no consiguen con ello sino hacer la guerra más próxima e inevitable.

Los pueblos pueden salvarse del fascismo y de la guerra con la propia acción directa: la revolución. Pero, ¡ay de ellos si, para ahorrarse el esfuerzo fatigoso y el duro sacrificio que toda revolución exige, esperan la salvación o el menor de los males de la guerra o del fascismo!

Tendrán siempre y en todo caso los peores de los males: el exterminio, el hambre, la esclavitud.

El principio esencial de las sociedades modernas

Una de las cuestiones más interesantes de la hora presente es analizar los rasgos característicos de la sociedad y del Estado moderno a fin de poder determinar a dónde vamos, lo que hemos conquistado hasta hoy y lo que esperamos conquistar en el porvenir.

La sociedad actual no es la resultante de un principio cualquiera lógicamente desarrollado para poder ser aplicado a las múltiples necesidades de la vida. Como todo organismo vivo ella es, por el contrario, el resultado complicadísimo de infinitas luchas y compromisos, supervivencias del pasado y aspiraciones hacia un porvenir mejor.

El espíritu teocrático de la más remota antigüedad, la esclavitud, el imperialismo, la servidumbre, el municipio de la Edad Media, los prejuicios antiguos y el pensamiento moderno se hallan integrados en ella con todos sus matices y bajo todas sus formas más o menos atenuadas. Sombras del pasado, siluetas del porvenir, costumbres y concepciones que datan desde la edad de piedra y tendencias hacia un futuro que despunta en lontananza, todo ello se halla en lucha continua y en el interior de cada hombre, de cada capa social, y en cada generación, como asimismo en el conjunto de la sociedad.

Pero esto no obstante, si examinamos las grandes luchas, las grandes revoluciones populares que tuvieron lugar en Europa después del duodécimo siglo, nos apercibimos del principio siguiente: todos esos movimientos tenían por objeto la abolición de lo que en forma atenuada había supervivido de la antigua esclavitud; la servidumbre.

Si, todos tenían por finalidad manumitir a los ciudadanos y a los campesinos del trabajo obligatorio que les era impuesto por la ley en favor de tal o cual dueño. Reconocer al hombre el derecho de disponer de sí mismo y trabajar en lo que quiera y cuando quiera, sin que nadie tenga el derecho de imponérselo, es decir, manumitir al campesino y al artesano, tal fué el objeto fundamental de todas las revoluciones populares; del gran levantamiento de las comunas en los siglos XV y XVI en Bohemia, en Alemania y en los Países Bajos, las revoluciones de los años 1381 y 1648 en Inglaterra y la Gran Revolución en Francia.

Es cierto que esta finalidad no fué alcanzada sino en parte. A medida que el hombre se emancipaba y conquistaba su libertad individual, nuevas condiciones económicas le eran impuestas para contener su libertad, forjándole nuevas cadenas para tenerlo sujeto al yugo de la explotación mediante la amenaza del hambre. De esto presenciamos un ejemplo en nuestros días cuando a los siervos rusos, manumitidos en 1861, se les impuso el rescate de las tierras que cultivaban desde siglos, lo cual les trajo la ruina y la miseria, además de la nueva servidumbre. Y lo que se hizo en Rusia, en nuestros días, aconteció en una u otra forma en toda la Europa occidental. Una vez que el trabajo obligatorio desapareció se establecieron nuevas formas de despotismo. Abolida la servidumbre personal, ésta renació bajo otra forma. La forma económica.

Y no obstante, el principio predominante en las sociedades actuales es el de la libertad individual proclamada, por lo menos en teoría, para cada uno. Y según la ley, el trabajo ya no es obligatorio para nadie. No existe una clase esclava obligada a trabajar para sus dueños. Y en Europa ya no hay siervos que estén obligados a entregar a sus amos tres días de trabajo por semana en cambio del lote de tierra al cual se hallan atados por toda su vida. Cada uno es libre

de trabajar cuando y cuanto quiera. Tal es, en teoría, el principio predominante en la sociedad actual.

Pero a pesar de esto todos sabemos — y los socialistas de todo matiz lo demuestran cada día — hasta qué punto es ilusoria dicha libertad. Millones y millones de hombres, mujeres y niños, hallanse obligados, por la amenaza del hambre, a enajenar su libertad entregando su labor a un amo en las condiciones que él impone. Sabemos — y así lo demostramos a las masas — que bajo forma de venta, de alquiler y de interés en general, pagados al capitalista, el labriego y el artesano continúan entregando a múltiples amos, en vez de a uno, los tres mismos días de labor por semana. Algunas veces hasta algo más que tres días, y esto para obtener tan sólo el derecho de cultivar la tierra o vivir bajo techo.

Sabemos también que si un economista cualquiera se tomara el trabajo de calcular lo que los amos diversos — patronos, propietarios, intermediarios, rentistas e incluso el Estado — descuentan directa o indirectamente sobre el salario del obrero, quedaríamos estupefactos al conocer la parte insignificante que a éste le queda para retribuir, con ella, a los demás trabajadores de quienes consume sus productos o sea para pagar el trabajo del campesino que hace madurar la mies que come, el albañil que construyó la casa que habita, y asimismo de los que hicieron sus muebles, sus vestidos, y así sucesivamente. Sorprendería en gran manera ver lo poco que corresponde a cada productor de lo que el otro obrero consume comparado, claro está, con la parte inmensa que les toca a los nobles del feudalismo moderno.

No obstante, este despojo no se impone legalmente por un amo en la persona de cada trabajador. Para ello existe un mecanismo complejo, impersonal e irresponsable. E igual que en los pasados siglos, el obrero entrega una partida considerable de trabajo a los privilegiados. Pero, eso sí, no lo hace bajo el látigo del amo. La deuda no trae consigo la prisión. En todo caso será despedido, arrojado a la calle, o se le obligará a vivir en un tugurio, a no comer según el hambre que tenga, presenciar la muerte de sus hijos por inanición y vivir de la mendicidad cuando sea viejo. Pero no será apaleado en los departamentos de policía por no haber confeccionado bien un vestido o por haber cultivado mal un campo, como se hacía hace poco en la Europa oriental y antiguamente en la Europa entera.

Bajo el régimen actual, a menudo tanto o más cruel e implacable que el antiguo, el hombre conserva ese sentimiento de libertad individual. Pero todos sabemos que ese sentimiento es casi una ilusión para el proletariado. Y no obstante, debemos reconocer que todo el progreso moderno lo mismo que nuestras esperanzas depositadas en el porvenir se hallan fundadas en el sentimiento de libertad por más limitado que éste sea.

El hombre más miserable y en los momentos de más negra miseria no cambiaría su lecho de piedra bajo las arcadas de un puente por un plato de sopa diario si con ello se pretendiera encadenarlo a la esclavitud. Este sentimiento, este principio de libertad individual es tan grato al hombre moderno, que continuamente vemos poblaciones enteras de trabajadores aceptar meses de miseria y luchar contra las bayonetas por el solo hecho de mantener sus derechos adquiridos.

En efecto: las huelgas y las revueltas populares obstinadas se originan hoy día por cuestiones de libertad o derechos adquiridos, más que por cuestiones de salarios.

El derecho que tiene el hombre de trabajar en lo que quiere y cuanto quiere constituye el principio de las sociedades modernas. Y la más formidable acusación que levantamos contra la sociedad actual consiste en demostrar que dicha libertad es ilusoria debido a la necesidad que el obrero tiene de vender sus fuerzas a un capitalista cualquiera. Y que el Estado moderno es el instrumento más poderoso que existe para mantener al obrero dentro de esta necesidad mediante los privilegios y los monopolios que él confiere a una clase de ciudadanos en detrimento de los trabajadores. Pero se empieza a comprender que este principio sobre el cual todos están de acuerdo es eludido por una serie de monopolios; y que el obrero que no tiene nada se convierte en siervo del que posee algo, toda vez que se halla obligado a aceptar las condiciones del dueño del suelo o de la usina para poder trabajar; toda vez que paga a los ricos — a todos los ricos — un tributo inmenso gracias a los monopolios constituidos en su favor. Dichos monopolios el pueblo los combate, no por la ociosidad que dan a las clases privilegiadas, sino a causa de la dominación que aseguran sobre la clase trabajadora. El reproche más grande que dirigimos a la sociedad moderna no es por el hecho de haber equi-

vocado la ruta al proclamar que cada uno trabajará en lo que quiera y mientras quiera, sino de haber creado tales condiciones de propiedad que no permiten al obrero trabajar mientras quiera y en lo que quiera. Llamamos madrastra a esta sociedad porque después de haber creado el principio de libertad individual ha situado a los obreros del campo y de la industria en las condiciones más anuladoras de tal principio. Porque reduce al obrero a un estado de servidumbre disimulada, al estado del hombre que la miseria obliga a trabajar para enriquecer a sus amos y para perpetuar en sí mismo un estado de inferioridad al forjar sus propias cadenas.

Pues bien: si esto es verdad, si el principio *tú trabajarás en lo que quieras mientras quieras* es verdaderamente grato al hombre moderno; si todo sistema de trabajo obligatorio y servil le repugna; si su libertad individual prima sobre todas las cosas, la conducta del hombre revolucionario queda ya delimitada. Rechazará todas las formas de servidumbre disimulada y trabajará para que dicha libertad no sea solamente una fórmula. Buscará las causas que impiden al obrero ser dueño verdadero de su capacidad y de sus brazos y trabajará para abolir sus trabas — por la fuerza si es necesario — absteniéndose al mismo tiempo de crear otras que aun cuando le procurasen un acrecimiento de bienestar conduzcan de nuevo al individuo a la pérdida de su libertad.

P. KROPOTKIN

¿Qué ha de ser la F. A. I.?

Animados al leer en nuestra revista «Tiempos Nuevos» unos trabajos sobre organización anarquista, y alegres ante esas pequeñas controversias, que a nuestro juicio deberían suscitarse con más o menos vehemencia en todas las localidades, nos decidimos a hacer público nuestro punto de vista sobre lo que ha de ser la organización específica F. A. I., con deseos vehementísimos de sanear y articular nuestro movimiento, hoy desarticulado y maltrecho, aun a trueque de ser llamados puritanos recalcitrantes.

Un error fundamental que desgraciadamente sufren algunos camaradas, consiste en creer que un individuo analfabeta puede ser anarquista. Nosotros sinceramente creemos que no. Sin embargo, hay quien cree que sí. Y basado en este erróneo concepto hemos visto constituirse Federaciones Locales, compuestas en su mayoría por individuos analfabatos rebeldes, y dirigidos por algún destacado militante.

Rebeldes capaces de derribar dos casas de un «puñetazo»; pero incapaces de discutir con su propio cerebro. Sabido es, que la función crea el órgano, y así hemos visto surgir los líderes en el seno de la F. A. I., que, convertidos en verdaderos jefes, y asistidos por la mayoría, excomulgaban a los que, dotados de una fuerte individualidad, se atrevían a poner reparo a sus decisiones. He aquí un mal que hemos de subsanar para bien del anarquismo.

Surgen los líderes y los jefes en el momento en que la organización no está compuesta por individualidades pensantes.

Nuestra organización ha de tener por base el individuo, como también el grupo, pero compuesto éste por individualidades con un concepto responsable de su Yo. Ser anarquista, no es llamárselo, hace falta serlo.

El anarquista no surge espontáneamente de la nada, como modelado por el milagroso soplo bíblico. Es el fruto de una evolución psíquica en el individuo que

tiene por base la cultura y el libre examen.

Terminada esa evolución, el individuo ha desechado todo prejuicio religioso, los conceptos de autoridad y de patria, etc., forjándose en él, en una palabra, el anarquista convencido que acudirá al grupo a vitalizarlo con su conducta y su amor a las ideas.

Por esto, no es la estructura federativa de la organización la que hay que cambiar, sino observar una meticulosidad extrema al dar entrada en ella a nuevos adherentes.

¿Qué ha de ser la F. A. I.?

En suma una Federación integrada por anarquistas, y donde la tolerancia y el libre examen sea una realidad consiente: sólo así responderá a su nombre.

EL GRUPO

Federación «Anarquista» Ibérica.—Acción y Pensamiento F. A. I. Jerez, 25-4-35.

TIEMPOS NUEVOS

Ha aparecido el número primero del año en curso de nuestra Revista, con 32 páginas de texto; portada a dos colores y el siguiente sumario:

E. Malatesta: Anarquía y amoralismo. — Cinco biografías: A. Spies, Alberto R. Parsons, Adolf Fischer, Georg Engel y Luis Lingg. — El secuestro de Alemania. — M. Piorret: El trabajo como valor moral. — P. Bernard: La responsabilidad. — Hace más de medio siglo. — D. A. de Santillán: Discurriendo entre campesinos. — El martirio de las mujeres en el III Reich. — I. Puente: La voluntad de realizar es más importante que el programa. — Luigi Fabbri: Totalitarismo o experimentalismo? — Elicse Reclus: La anarquía y el sufragio universal. — Enrique Nido: Nuestras virtudes. — Con numerosos grabados ilustrativos. Precio: 30 céntimos.

Los Estados Unidos, a pesar de su determinación de permanecer alejados de las contiendas de Europa y Asia, no quieren quedarse atrás en fuerza de armamentos. Este país, sin haber aumentado mucho la fuerza humana de su Ejército, como han hecho algunos países de Europa, ha construido una formidable maquinaria guerrera.

Los Estados Unidos, comparados con otras potencias militares y navales, se encuentran en posición deficiente en los siguientes aspectos: determinadas categorías de barcos de guerra, especialmente destructores y submarinos; fuerza humana en el Ejército activo, en muchos artículos de ordenanza, equipos y municiones.

Algunas de estas deficiencias serán superadas durante el año fiscal de 1935-1936. Probablemente la cantidad gastada llegará a casi los mil millones de dólares: catocientos millones para el Ejército y cuatrocientos setenta y cinco para la Marina.

En estas cifras no se incluyen los cuatrocientos cinco millones que pide el Ejército del fondo del trabajo de socorro de los cuatro mil ochocientos ochenta millones de dólares para «modernización» de dicho Cuerpo.

Esta enorme suma es, sin duda alguna, mayor que todos los presupuestos de defensa de otras potencias en 1935-1936, a excepción, posiblemente, de Rusia.

Las cifras siguientes son los gastos de 1934-1935 de las principales potencias mundiales y las cantidades que se calculan para el año de 1935-1936:

Estados Unidos, 1934-1935, 533.628.018 dólares; 1935-1936, 636.875.000 dólares, cifras calculadas.

Inglaterra, 620.865.880 y 637.225.000.

Japón, 791.331.706 y 830.000.000.

Rusia soviética, 1.525.000.000 en 1934-1935; de 1935-1936 no hay cálculos todavía.

Italia, 571.408.484 en 1934-1935; de 1935-1936 no hay cálculos todavía.

Francia, 758.229.255 y 792.000.000.

En los gastos de Alemania para 1934-1935 se incluyen los fondos para las tropas de asalto, los campamentos de servicio de trabajo y la aviación civil, bajo el control del Gobierno. Alemania no ha hecho ninguna revelación en lo que se refiere a lo que le costará la nueva organización de su Ejército.

Durante el año 1934-1935 estos países han tenido los siguientes efectivos:

Estados Unidos: Ejército, 136.975 hombres; Marina, 105.566 hombres; aviones, 2.738; buques de guerra, 375.

Inglaterra, 179.506, 94.482, 1.400 y 276.

Japón, 284.000, 88.111, 2.000 y 221.

Francia, 604.883, 57.182, 3.000 y 196.

Rusia, 841.400, 31.436, 2.800 y 71.

Italia; 599.170, 54.826, 2.000 y 171.

Alemania: Ejército, 300.000; Marina, 15.000 y buques de guerra, 49.

Lo que gastan varias naciones en la llamada defensa nacional

